

Las habitaciones de la memoria

Gabriele Morelli

Las habitaciones de la memoria

CÁTEDRA

CRÍTICA Y ESTUDIOS LITERARIOS

1.ª edición, 2024

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Gabriele Morelli, 2024
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
Depósito legal: M. 5.768-2024
ISBN: 978-84-376-4780-7
Printed in Spain

Índice

EJEMPLAR E INFINITO MORELLI, presentación de Luis García Montero	9
LAS HABITACIONES DE LA MEMORIA	11
Nota inicial	13
1. La vocación de hispanista	15
2. Primer viaje a España (1961)	19
3. En la estación de Portbou	23
4. De Portbou a Barcelona	31
5. Estancia en Madrid y Salamanca	38
6. Josefina Manresa: viaje a la casa de Miguel Hernández	47
7. Con Germán Bleiberg	53
8. André Belamich y su amor por García Lorca	58
9. Hernández y Aleixandre	66
10. José Antonio Muñoz Rojas	68
11. Mi amistad con Vicente Aleixandre	76
12. Encuentro con Leopoldo de Luis y Carmen Conde	81
13. La última cita perdida con Aleixandre	91
14. Llega la noticia de la muerte del poeta	96
15. Santiago de Chile: en busca de la correspondencia de Gerardo Diego y Juan Larrea a Vicente Huidobro	100
16. Con Nicanor Parra	114
17. Encuentro con Vladimir Huidobro y Jorge Edwards	127
18. Alejandro Finisterre, poeta, editor e inventor del fútbol	133
19. Con Carlos Bousoño, Francisco Brines, Claudio Rodríguez, José Olivio Jiménez y Dionisio Cañas	139
20. Con José Luis Cano	156
21. La Residencia de Estudiantes: Pepín Bello y Juan Luis Buñuel	162

22. Con Miguel García Posada	166
23. Manuel Fernández-Montesinos e Isabel García Lorca	168
24. Mi viaje a Granada	171
25. En Sevilla recordando a Luis Cernuda	173
26. Seminario en Salamanca	179
27. Jorge Edwards y la historia sentimental de Neruda con Alicia	184
28. Último encuentro con Jorge Edwards	192
29. Poesía y literatura española en la Universidad de Bérghamo	198
30. Un niño Jesús que era una niña	207
31. La incomparable Elena Diego y mi gata Lulú	221
32. Visita infructuosa al <i>Cenacolo</i> de Leonardo con todo lo siguiente	227
33. El poeta de vanguardia Edoardo Sanguineti, representante de los Novissimi	236
34. Vittoria Marinetti recuerda a su padre y el ambiente familiar	238
35. Viaje a la cartuja de Pavía	240
36. Encuentro con escritores y poetas en la Universidad IULM de Milán	251
37. Pablo Neruda en Milán	258
38. Miguel Ángel Asturias, glotón de helados	264
39. Con Vargas Llosa andando por Milán	269
40. Alberti: el mecenas milanés Eugenio Luraghi y el hispanista Dario Puccini	275
41. Alberti y Beatriz Amposta	286
42. Encuentros con Gabriel García Márquez	291
43. Con Jorge Luis Borges	317
44. Attilio Rossi	322
45. Nicola Crocetti y su revista italiana <i>Poesia</i>	328
46. Hacia la actualidad	331
Apéndice. Criterios utilizados y sus coordenadas: tiempo y espacio	335
Agradecimientos	337
BIBLIOGRAFÍA	339
ÍNDICE ONOMÁSTICO	343

Ejemplar e infinito Morelli

Presentación de Luis García Montero

Es difícil cuantificar lo que España y el español le deben a Gabriele Morelli. La literatura en español ha despertado siempre un enorme interés en otros ámbitos culturales: tenemos esa suerte que a veces deviene privilegio. Son muchos los hispanistas que han divulgado lo mejor de nuestro patrimonio literario traduciéndolo, dándolo a conocer en otros países. En algunos pocos casos, esos hispanistas se han convertido en referencias inexcusables del estudio de nuestros clásicos no solo en sus países, en sus ámbitos lingüísticos, sino también en el nuestro: es el caso de Morelli, uno de esos ejemplos en los que la suerte se convierte en el privilegio de que una mente brillante como la suya decida dedicarse al estudio de nuestras letras. Su nombre no solo es un clásico del hispanismo italiano: es una referencia fundamental para cualquier filólogo español cuando se trata de volver sobre la obra de Miguel Hernández o Vicente Aleixandre, de Gerardo Diego o de Federico García Lorca, de Pablo Neruda o de Luis Rosales, de Juan Larrea o de Vicente Huidobro. Por eso fue reconocido con el Premio Ñ que concede el Instituto Cervantes en 2022, un homenaje a una trayectoria intensa, minuciosa, impecable y reveladora.

Hasta ahora conocíamos los frutos de la historia de amor de Gabriele Morelli con la literatura en español. Ahora, gracias a estas memorias, conocemos también los detalles de esa historia cuya chispa inicial fue una visita al gran Salvatore Quasimodo. Nuestro Morelli llevaba consigo un libro de Federico García Lorca y el poeta le

animó a seguir leyendo poesía española. Morelli se vio atravesado por un rayo de sol y nunca volvió a estar solo en el corazón de la tierra, que desde entonces latió para él en español y con las sílabas medidas del verso.

Gabriele Morelli ha dividido sus recuerdos en habitaciones de la memoria, desde sus primeras experiencias como estudiante de español a sus encuentros con los grandes de la literatura en castellano (Aleixandre, en cuya casa se encontraba cuando murió; Borges, Neruda, García Márquez...), pasando por su primer viaje a España, cuando se plantó en la frontera de Portbou con una carta de su párroco en la que afirmaba que era un sincero cristiano y no un ateo comunista, tal y como le habían recomendado algunas personas (no era necesaria, pero esa era la imagen que la España de Franco daba afuera), y donde compraba a escondidas la poesía de Miguel Hernández.

Morelli hace memoria y lo hace salpicando su relato tanto de fuentes relevantes (a veces inéditas) como de anécdotas jugosas, y revela al lector español a «hispanómanos» menos conocidos entre nosotros, como el poeta vanguardista Edoardo Sanguineti. Ni siquiera cuando habla de sí mismo consigue Morelli dejar de revelarnos asuntos significativos de la historia literaria. Especial interés despiertan sus páginas sobre Attilio Rossi, por ejemplo, de quien nos ofrece un retrato sin parangón.

Pasión e inteligencia marcan estos recuerdos, esta memoria de amor por la literatura y por una sociedad española que pasó ante sus ojos de la existencia humillada propia del franquismo hasta la democracia. Algunos recuerdos compartidos se llenan de luz en las perspectivas de sus evocaciones. El gran profesor que es Morelli nunca deja de enseñar, ni siquiera cuando habla de sí mismo. No es un detalle menor que a la hora de echar la vista atrás lo haya hecho en español: es la lengua de su alma. Su generosidad encuentra un nuevo capítulo en sus memorias, pero sabemos que sigue trabajando y que ni mucho menos suponen más que un nuevo punto y aparte en una obra filológica ejemplar e infinita.

Las habitaciones de la memoria

*Lo que más me asombra en la memoria
no es que vuelva a decir el pasado
— es que alimente el presente*

PAUL VALÉRY¹

¹ Valéry, Paul, *Cuadernos (1894-1945)*, ed. y trad. de Andrés Sánchez Robayna, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2022, pág. 194.

Nota inicial

Considero oportuna una breve reflexión sobre el significado de la palabra «habitaciones» que presenta el título de este libro de memorias. Se trata de lugares concretos donde he trabado amistad con escritores, poetas, prestigiosos representantes de la cultura española, y también donde he conocido y frecuentado a seres sencillos de la vida cotidiana que, además de haberme dejado el regalo de su persona y compañía, han enriquecido mi conocimiento y ligamen con España.

Los encuentros, tanto los primeros como los demás, han supuesto un espacio vivo y concreto, es decir, «habitado», que ahora la memoria intenta salvar del olvido, aunque no sé hasta qué punto es capaz de recuperarlo totalmente. El libro recoge también el testimonio de un escritor amigo —el colega Manuel José Ramos Ortega— sobre un episodio relativo a un encuentro que organicé en la Universidad de Bérnago, episodio ya entrado en la leyenda debido a lo surreal de los hechos expuestos (véase el capítulo o *habitación* 32).

Se trata de una memoria compartida y además atestiguada por otras figuras, algo que da a la narración un acento más verdadero. Mi presencia solo avala cuanto se dice y, en los casos necesarios, integra y corrige los datos afirmados.

1

La vocación de hispanista

En general, el vocablo *hispanista* indica la dedicación profesional a la literatura, la historia y las costumbres de los españoles. Designa a las personas cuyo interés por otra cultura se transforma en una vocación que origina un proceso de ósmosis entre su vida y la realidad del mundo ibérico al que se adhiere. Como botón de muestra, basta citar al escritor romántico Washington Irving, quien, en sus giras por los países europeos, recaló en España y se sintió fascinado por los vestigios árabes de Granada, ciudad donde vivió nada más y nada menos que en los recintos de los palacios nazaríes. Sus divulgados libros, *Leyendas de la conquista árabe en España* y, sobre todo, *Leyendas de la Alhambra*, inspirados en las vetustas huellas andalusíes, abren camino a toda una gama de relatos de viajes y descubrimientos centrados en la España musulmana del medievo.

En época posterior, a comienzos del siglo xx, el hispanismo contaba entre sus filas con relevantes estudiosos y académicos atraídos por las ricas tradiciones de un país que, en cierto sentido, se había quedado al margen del devenir europeo. No obstante, algunas de estas personalidades ilustres dialogaban con autores extranjeros, como Benedetto Croce y Luigi Pirandello, que se carteaban con Miguel de Unamuno.

Al lado del citado escritor norteamericano, otro hispanista de lengua inglesa mostró su entusiasmo y admiración por España. Me refiero a Gerald Brenan quien, además de escribir *Historia de la literatura española*, *San Juan de la Cruz*, *Al sur de Granada* y *El laberinto*

to español, decidió residir en la Península. Yegen fue su primera elección en Andalucía y Alhaurín, la última. En este pueblo vivió desde 1970 y en él falleció diecisiete años después, en 1987. Su amor por España llegó hasta el punto de que, como acto de entrega final, donó su cuerpo a la Facultad de Medicina de la Universidad de Málaga para que se destinara a la experimentación científica. Casualmente yo me encontraba en esta ciudad el día de su muerte y llegó a mis manos un periódico que exhibía sin pudor la terrible foto de su magro cuerpo desnudo, entumecido por el *rigor mortis*. Mis ojos se detuvieron ante el cadáver de un hombre de noventa y tres años, en una instantánea que el sensacionalismo de una prensa de provincias aupaba. Como contrapunto, aún hoy conservo en la mente la mueca de disgusto e indignación con que reaccionó Ian Gibson, antiguo alumno del hispanista inglés, al escuchar de mis labios la noticia de tan macabra exposición de los restos mortales de su maestro.

La historia ejemplar y conmovedora de Brenan, cuya relevante actividad de escritor y estudioso ocupó sobre todo la primera mitad del siglo xx, me anima a trazar una línea de continuidad que ilustra la pujanza de un movimiento de atención y amor hacia la cultura española que igualmente he vivido en mi experiencia personal. Con este libro acudo a mis memorias para evocar el entramado de relaciones personales que he mantenido en mi larga trayectoria de investigador y partícipe de la cultura española. Pero ¿cómo nació mi interés por España y sus ámbitos? Es la cuestión que todo el mundo me planteaba, incluso yo mismo en los momentos de dudas, cuando en 1961 opté por el español como materia fundamental en mis estudios en la Facultad de Lenguas y Literaturas Extranjeras de la Universidad Bocconi de Milán, elección que tuve que ocultar a quienes me preguntaban sobre mi carrera universitaria, porque, al pronunciar la palabra «español», se generaba en mi interlocutor una inmediata reacción y en general una mueca de rechazo. Eso me forzó a decir que había elegido una lengua neolatina.

De todos modos, debo confesar que la primera y lejana idea de mi futura vocación de hispanista me la dio nada menos que el poeta Salvatore Quasimodo el día en que fui a visitarle, junto con mi profesor, el poeta Franco Maticotta, gran amigo del autor siciliano. Quasimodo, ojeando el libro de García Lorca que yo llevaba en la mano, levantó de pronto sus ojos oscuros y penetrantes, y me dijo: «Es bueno leer la poesía española moderna: es una gran poesía». Era el día 19 de octubre de 1959 (saco la fecha de la dedicatoria en su libro *La vita non è sogno*, que diligentemente guardo), justo la víspe-

ra de recibir el premio Nobel, cuya noticia oficial llegó estando yo en su casa de Corso Garibaldi 16 en Milán, donde hoy puede leerse una lápida que reza: «Qui visse Salvatore Quasimodo / Premio Nobel poeta / uomo del suo tempo / e limpido assertore di libertà / Lasciò a tutti noi / doni immortali di poesia / ricordando che non si può vivere / né cantare / con il piede straniero sopra il cuore»².

Ahora vuelve a mi mente el episodio de la entrega del premio Nobel a Salvatore Quasimodo, para sorpresa general de los lectores de poesía, que vaticinaban que recaería sobre Ungaretti o Montale. Así, Gerardo Diego describe las muecas de la cara de Ungaretti ante la noticia de la entrega del premio a Quasimodo, y en particular su cabeza, «que parecía arrancada de una *fontana* romana, como si de su piedra hubiera de brotar un chorro de agua borbollante». El mismo Diego nos regala este divertido cuadro pintoresco del poeta italiano recitando sus poemas:

Era una delicia escucharle [a] Ungaretti recitar, silabear y casi deletrear, aunque siempre con delicadísima y tersa música, sus poemas breves. Dejaba flotando en el ámbito el ritmo desigual y siempre espontáneo pensando, a la vez consumado y como haciéndose, naciendo en sus oyentes, de sus versos que a veces constaban de una sola palabra. Y el maestro ponía tal fuego, tal concentración y pasión abrasadora en sus palabras que nos dejaba literalmente metamorfoseados como héroes o coro de una fábula mitológica (2000, 176).

En el pequeño piso milanés de Quasimodo, aún me parece oír la voz hiriente del poeta cuando recibe la noticia oficial de la entrega del premio Nobel, contando que Ungaretti gritaría: «¡Por lo menos que me hagan a mí senador!».

Poco después llegaron los primeros periodistas recién enterados del galardón y enseguida el piso fue tomado al asalto literalmente. Nos despedimos con rapidez, abrumados por la avalancha de periodistas y fotógrafos que, al no poder entrar en la sala donde el poeta conversaba con nosotros, habían tomado como rehén a su joven amante Curzia Ferrari³, a la que llamaban «la secretaria», y la obliga-

² El último verso pertenece al poema de Salvatore Quasimodo «Alla fronde dei salici», publicado en una revista en 1946 y el año después en el libro *Giorno dopo giorno*.

³ Véase el epistolario cruzado entre el poeta y su amante, titulado *Senza di te, la morte. Lettere a Curzia Ferrari (1963-1968)*, Milán, Archinto Editore, 2001.

ron a sentarse en el suelo delante de un pequeño televisor, invitándola a cambiar de posición mientras iban haciendo fotos y fotos sin parar. En un momento dado, Quasimodo abre la puerta de su saloncito y pregunta a los primeros que le están asaltando: «¿Qué ha dicho Ungaretti? ¿Qué ha dicho Montale? ¿Es verdad que Montale ha declarado que se retirará a un convento? Mejor que se vaya lejos, que aquí, en Milán, es imposible soportarlo».

El eco de su risa sardónica aún me acompaña mientras me dirijo a la puerta de su casa. Fuera, bajo un cielo lívido, Milán lucía su habitual capa plúmbea de humedad y niebla.

2

Primer viaje a España (1961)

Un alba lívida y oscura se divisaba por la ventanilla del tren que lentamente resoplaba con nubarrones de espeso humo en el andén de la estación de Portbou, donde poco a poco el convoy iba parándose con estruendo de ruedas y frenos. Yo conocía el nombre Portbou porque muchos años antes se había refugiado allí —para poco después suicidarse— el filósofo Walter Benjamin, representante de la Escuela de Frankfurt, perseguido por la Gestapo nazi. El recuerdo de esta muerte se sumaba a la imagen amenazadora del paisaje que yo apenas distinguía en las tenues luces del amanecer, mientras el ruido de la locomotora continuaba con su voz acatarrada, nublando con densos humos la estación y sus alrededores. Por fin, me encontraba en la frontera española. Eran los primeros días de agosto de 1961 y yo, estudiante en la Facultad de Lenguas y Literaturas Extranjeras de la Universidad Bocconi de Milán para ser profesor de Español, al fin podía realizar mi deseo desde hacía tanto tiempo acariciado: ir a España, conocer el país, sus ciudades, los lugares de los que hablan sus grandes escritores, aprender su lengua. Hecho difícil si no imposible en mi ciudad, donde no había encontrado ningún hablante de español. Muchas veces me detuve delante del Duomo o la cercana Galleria que desemboca en La Scala y los pocos que respondieron a mis preguntas eran solo turistas argentinos, que no dominaban bien ni el español ni el italiano.

Pero un día —un buen día, puedo decir— del año anterior, leo que acaba de llegar a Milán el gran poeta chileno Pablo Neruda para

presentar su libro *Poesie*, con traducción de Giuseppe Bellini (Milán, Accademia, 1960), y que después iba a brindar un recital de sus poemas en la Universidad Bocconi. Naturalmente, estuve presente en las dos intervenciones, en particular en la segunda, que se desarrolló en mi universidad, donde yo participaba de su intensa actividad cultural y ya había decidido matricularme en Español. Al final de su emocionante lectura poética, Neruda quiso conocer a los pocos estudiantes del Doctorado de Español, interesándose por el nombre del autor que cada uno había escogido para su tesis. Cuando llegó mi turno y le dije que estaba pensando en elegir a Miguel Hernández, de golpe el poeta se paró, se me acercó, me miró intensamente y, ante mis objeciones de que no estaba seguro de si iba a hacerla, porque no encontraba nada sobre el poeta de Orihuela, me tomó del brazo y me espetó: «Vente conmigo, que te voy a contar todo lo que necesitas saber sobre Miguel, nuestro pobre Miguel». Y pronto, junto con el profesor Bellini que lo acompañaba, me invitó a comer con él en un restaurante de la ciudad. Durante todo el tiempo no dejó de hablarme largo y tendido de la obra de Miguel Hernández; me describió su persona, su cara que parecía la «de una papa recién sacada de la tierra», palabras reproducidas después con ligeras variaciones en sus libros de memorias. Aún recuerdo el cuerpo macizo de Neruda, sus ojos oblicuos, un poco de indio, que mientras hablaba y recordaba a Miguel, se hacían húmedos, mirando hacia el fondo del comedor como si buscaran a alguien.

Hasta aquí mi primera estampa de Neruda, a quien volví a ver otras veces en Milán en sus frecuentes visitas al profesor Bellini, traductor, estudioso y albacea de su obra en Italia, pero siempre dentro de un contexto colectivo en el que participé al principio como estudiante y después como ayudante en la universidad. Otro encuentro particular se produjo cuando el poeta volvió en 1967 a Milán para presentar su libro *Extravagario*. En esta ocasión me acerqué a él con el libro abierto de la versión italiana para pedirle una dedicatoria. Neruda me miró larga y atentamente mientras me pedía mi nombre. Y luego con rapidez escribió en la primera hoja blanca con su grafía verde lo siguiente (copio de mi ejemplar): «Al Dr. / Gabriel Morelli / un cordial saludo / de Pablo / en el recuerdo de / nuestro Miguel / Hernández / 1967, Milán». Es decir, a una distancia de siete años, él recordaba con nitidez aquel lejano día en el que me habló del poeta oriolano, animándome a trabajar sobre su obra.

Reencontré a Neruda en 1972 cuando viajó a Milán para presentar en la librería Rizzoli, situada en la Galleria Vittorio Emanuele

le, su último libro *Fin de mundo*. Estuve en el concurrido acto de presentación de la traducción italiana. Después, como ayudante del profesor Bellini, asistí a la cena que su editor italiano ofreció al poeta, en la cual participaron Matilde Urrutia, Giuseppe Bellini, el crítico católico Carlo Bo, representante prestigioso del hermetismo florentino y gran conocedor de la poesía española contemporánea, y algunos afiliados al Partido Comunista chileno, como Volodia Teitelboim, y al italiano, como Giancarlo Pajetta. En este caso, recuerdo perfectamente el jugoso diálogo que tuvo lugar entre este y Carlo Bo. Mientras los otros comensales conversaban amablemente, el primero elogiaba con gran énfasis y entusiasmo la importancia de la poesía de Neruda, que calificaba de humana y laica, mientras que Bo le escuchaba paciente hasta que de improviso le interrumpió, exclamando: «Pero, Giancarlo, no pretenderás que me convierta al comunismo ahora en mi veneranda edad». Pajetta continuó, casi sin mirarlo y con voz acalorada, argumentando sobre la bondad y eficacia del dogma marxista. En cierto momento, Pablo habló del nuevo libro de García Márquez, *Cien años de soledad*: «una novela extraordinaria sin tiempo e historia —dijo— en que todo se repite y se transforma para volver a ser como antes».

Después, dirigiéndose a su esposa, que guardaba silencio a su lado en la mesa, preguntó: «Matilde, ¿has leído *Cien años de soledad*?». Al escucharle decir que ella tenía el libro, pero aún no lo había leído, añadió rápido: «¡Qué suerte que tienes, Matilde, que aún no lo has leído!». Yo, enfrente, a poca distancia del poeta, observaba la voluptuosidad con que miraba los platos de su comida: un lenguado junto a un par de langostas que poco antes el director del restaurante le había enseñado con sus pinzas aún moviéndose. Me detuve a contemplarlo y me fascinaba su extraordinaria capacidad de cortarlas, limpiarlas, comerlas, sin alejarse en absoluto de la animada conversación reinante. Pensaba que era una costumbre ocasional, debida a la peculiar velada que en esta ocasión vivía el poeta, hasta que leí su libro *Comiendo en Hungría*, que explica su particular interés por la comida, placer del que, además, García Márquez nos da este gustoso retrato, fruto de su larga amistad con el poeta:

No he conocido a nadie que se asemeje más a la idea que tenemos de un papa del Renacimiento: goloso y refinado. Incluso en contra de su voluntad, siempre era él quien presidía la mesa. Matilde, su esposa, le ponía una servilleta que parecía más una sábana de barbero que una para el almuerzo, pero era la única

forma de evitar que se manchara con las salsas. Ese día, en el restaurante Carvalheiras de Barcelona, fue ejemplar. Se comió tres langostas enteras, cortándolas con una destreza propia de un cirujano, y al mismo tiempo devoraba con la vista los platos de todos los demás, y picoteaba un poco de cada uno, con un placer que transmitía a todos las ganas de comer⁴.

⁴ *García Márquez in Retrospect*, ed. de G. H. Bell-Villada, Lanham/Boulder/NuevaYork/Londres, ed. Lexington Books, 2016, pág. 161.